

Europa. ¿El eterno retorno a Ítaca?

Entender Europa no es tarea fácil, y *Razón y Fe* pretende, a lo largo de los próximos meses, arrojar algo de luz a los desafíos que nos aguardan a los europeos, y a los peligros que nos acechan. Con este editorial solo pretendemos aportar un somero marco de reflexión sobre lo que somos, y sobre las luces y sombras que nos definen, como portal para ese empeño en el que se embarca nuestra revista.

“Háblame, Musa,
de aquel varón de multiforme ingenio que,
después de destruir la sacra ciudad de Troya,
anduvo peregrinando larguísimo tiempo,
vio las poblaciones y conoció las costumbres
de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos”

HOMERO, *La Odisea*

Europa, como mítico Ulises, vive en el eterno retorno a una Ítaca soñada. Como el aventurero de las mil argucias, escapa de una guerra perenne que —no lo olvidemos— colaboró a provocar, y no es sino batalla y conflicto lo que demasiadas veces le aguarda. Al igual que Odiseo, Europa, ya sea entendida como expresión geográfica, como ideal político o filosófico; como proyecto o como vestigio de la historia, ha sido siempre una realidad que huye atribulada de la guerra y del conflicto, en una lucha afanosa por la paz, y que busca repensarse a sí misma, para evitar caer en los errores del pasado y volver a la patria soñada de la paz. El éxito en ese cometido ha sido casi siempre limitado. Esa propia escapatoria del pasado turbulento encierra en sí misma un eterno

retorno: de la Guerra de los Cien Años, a la de la de los Ochenta Años o la de la de los Treinta Años, hasta llegar a las dos guerras mundiales. Ambas con cuño netamente europeo. Todo ello en un peregrinar jalonado por centenares de esos conflictos que, en puro eufemismo, denominamos, menores. Europa es —duele decirlo— en gran parte, guerra¹.

Si hemos afirmado que —como Ulises— Europa vive en un infinito proceso de búsqueda, la primera pregunta para clarificar su propia naturaleza; es el sentido y el objeto de esa pesquisa. Podríamos especular cuál era la meta del artero héroe de la antigüedad. ¿El retorno a la patria y a la familia? ¿Recuperar a una esposa acosada por los siniestros pretendientes? ¿Ostentar de nuevo la soberanía sobre un reino perdido? La respuesta a esta pregunta arrojaría unas conclusiones muy distintas sobre la moral y las intenciones del héroe. Si —como él— Europa es una búsqueda, la respuesta al sentido de esa búsqueda nos dice algo, a buen seguro, de nosotros mismos como europeos.

Para muchos, Europa se perdió a sí misma con el ocaso de la Antigüedad Clásica, entendida como un esquivo ideal de unidad, de orden y de progreso. En efecto, si contemplamos muchos de los referentes culturales de Europa, destaca una añoranza constante de los parámetros estéticos greco-romanos. Ya sea en política, arquitectura, literatura o en artes escénicas. El ideal era la unidad. Un solo poder político, sustentando en una lengua y al menos en el ocaso del imperio en una nueva religión triunfante: el cristianismo, que fue el único hilo conductor con el pasado que pervivió con la llegada de la Edad Media.

Paradójicamente, fue una crisis migratoria la que puso en peligro y finalmente hundió —al menos según una lectura inocente— aquel espacio de prosperidad imperial. Una crisis de refugiados convertida en avalancha en la noche de San Silvestre del 406, cuando miles, huyendo del frío y de la muerte, cruzaron un Rin helado, desbordando a las tropas romanas de frontera. Aquellos refugiados cambiaron la faz de Europa. Nuestra cultura, costumbres y formas políticas de hoy son tan herederas de

¹ Europa es, también en parte, paz. Una visión más matizada sobre esta cuestión puede verse en nuestro editorial: «La Unión Europea, premio Nobel de la Paz», en *Razón y Fe* 1369 (2012), 355-361.

aquellos *bárbaros* como de tradición imperial romana que —no podemos olvidarlo— comprendía un territorio que era sobre todo una realidad mediterránea, balcánica y asiática. Difícilmente podemos aceptar la narrativa de una Europa perdida con la caída de Roma, cuando vemos que sus supuestos destructores provenían de regiones que hoy en día se encuentran en el corazón de Europa, y que son precisamente aquellos invasores los que han aportado gran parte de los rasgos distintivos de la identidad europea. Por otro lado, ¿era menos europeo el Imperio de Oriente (Bizancio) cuya existencia se prolonga hasta el siglo xv y cuya legitimidad hereda en plenitud la Rusia de los Zares? ¿Debemos rechazar —ajena y hostil en su convulsa tradición— toda la herencia de esa Europa oriental?

Sea como fuere, el ideal de retorno a una unidad perdida es una constante en la historia europea. Ya sea la unidad política de Roma, o la del Sacro Imperio forjado por Carlomagno. Sea la unidad de los cristianos tras el Gran Cisma, el de la cristiandad occidental tras las invasiones musulmanas, o el de la religiosidad occidental tras Lutero. En el nombre de ese sueño de unidad se han cometido alguna de las mayores atrocidades que ha conocido la historia del continente. No olvidemos los siglos de hierro y fuego de las guerras de religión, o la realidad incontestable de que los fascismos del siglo xx albergaban en su seno el sueño de una Europa unida y totalitaria.

Pero es comprensible que los europeos sueñen con la unidad. Ha sido sin duda en torno a la atomización política del continente —progenitor del belicoso sistema de estados nación que define el orden internacional de nuestros días— donde se han generado mayores focos de inestabilidad y conflicto. Nuestras guerras y el sufrimiento por ellas provocado han sido en gran parte el resultado de las luchas intestinas entre los estados europeos, elevados en el siglo xix a la categoría de voraces imperios globales. Napoleón tuvo el sueño gálico de acabar con todo ello mediante el empuje de los ideales revolucionarios franceses, al igual que Carlos V había buscado un continente en el que las luchas entre reinos fuese sustituida por una misión común, escrita en español. Estos esfuerzos como tantos otros estaban abonados para el desencanto. Solo de esa frustración han emergido otros proyectos posibles y deseables, como el paneuropeísmo de Coudenhove-Kalergi

y sobre todo el sueño de hermandad europea surgido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial, en cuya estela aún hoy nos encontramos. Ateridos hoy por el temor de perder el rumbo marcado.

Europa es en gran parte un sueño de unidad —en ocasiones mal entendida como uniformidad—, que ha mutado con el tránsito del tiempo, y que en sus formas más recientes se ha beneficiado del crisol de sensibilidades intelectuales, filosóficas y culturales germinadas en el continente, que lo han apuntalado y vivificado. Desde la segunda década del siglo xx, tras durísimas lecciones, el paradigma democrático, el ideal de la igualdad entre los estados y la voluntad de construir un *demos* europeo fundamentado en determinados valores universales —construir una Ítaca común— parece haberse impuesto como la corriente triunfante. Ya las corrientes artísticas y de pensamiento medievales apuntan en este sentido, mientras que las oleadas intelectuales que jalonan la peripecia europea desde el siglo xiv, con la llegada del Renacimiento, determinan un sentido en la misma dirección. Otra cosa es que esas escuelas solo han tenido eco y empuje suficiente en lo que conocemos como Europa Occidental. Y eso suscita el problema de los límites, de las fronteras de esa Europa de valores compartidos.

¿Es Europa solo lo netamente vinculado a un determinado proceso histórico, que decanta en unos valores y percepciones concretos, o es por otro lado el conjunto de aconteceres que se extienden en el tiempo entre los Urales y la Bahía de Cádiz; desde el Cabo Roca hasta las costas del Caspio? La pregunta es fundamental. Hasta comienzos del siglo xx una parte importante de esa segunda Europa, entendida como una región geográfica, ha estado dominada por el Imperio Otomano, ajeno e incluso contrario a las principales tradiciones y procesos culturales que denominamos “europeos”. En términos de extensión, gran parte de esa Europa geográfica pertenece a la esfera de influencia rusa. En lo lingüístico, en lo histórico y en lo cultural. En efecto, fijar la frontera oriental de Europa —donde no hay un océano o un mar conflictivo que sirva de *limes*— es y será en el futuro algo eminentemente problemático.

Como el desértico planeta Arrakis de Frank Herbert, “Europa enseña la actitud del cuchillo..., cortar lo que es incompleto y

decir: Ahora ya está completo porque acaba aquí". En efecto, en la búsqueda de una identidad unívoca para el continente, unos y otros —europeos todos— hemos dedicado gran parte de nuestros esfuerzos a romper, coser, enmendar y solapar Europa. Todos hemos sido sus propietarios, y desde esa posesión, hemos negado al otro el pan y la sal. Es cierto que lo que corresponde al espacio de influencia ruso comparte en escasa medida los principios de acción y de pensamiento que nos definen a los europeos occidentales; o que en los Balcanes o el Cáucaso encontramos una Europa que nos es extraña. Aunque no siempre ha sido así. ¿Cómo negar a Pushkin, Tchaikovski o Tolstoi la condición de europeos? ¿Estamos dispuestos a amputarnos felizmente esa parte de nosotros mismos y decir, ufanos "ahora estamos completos"? Es cierto que vemos a la Rusia de hoy como una fuente de conflictividad, nacionalismo y radicalismo. Pero también lo es que al hacerlo, nos miramos en un espejo. La Europa occidental que rechaza —y hace bien en hacerlo— las conductas agresivas de Vladimir Putin, y el auge del esencialismo pan-ruso, no hace sino ver en ellas en plenitud lo que ya abogaron otros europeos en el siglo xx, y lo que en esta hora de duda promueven populismos a izquierda y derecha, que enarbolan de nuevo la bandera de una Europa en la que el orgullo nacional sustituya a la hermandad ciudadana como valor dominante. Algunos de esos populismos ya acarician el poder.

Como Ulises en uno de los momentos críticos de su viaje, nos encontramos hoy con una Europa entre Escila y Caribdis. Cabe preguntarse si el sueño de la razón que dio carta de naturaleza a la Europa surgida de los horrores del nazismo ha sido llevado a cabo en buen orden, y si —donde sus padres fundadores quisieron ver el surgimiento de una ciudadanía común y democrática— nos hemos desviado hacia la edificación de un leviatán burocrático, henchido de economía pero carente de auténtica alma. Presa fácil de sirenas y quimeras, susceptible a ceder a los encantos torticeros de la hechicera Calipso. Por otro lado, seguimos dominados por la misma pasión del propio Ulises, dispuesto a acabar con la vida de los pretendientes de Penélope, como hoy en día los europeos nos creemos los únicos depositarios del palacio de Ítaca y de sus bienes y, por lo tanto, legitimados en la decisión de tolerar la muerte de los desheredados que reclaman, huyendo de los rincones más inhóspitos del mundo, un lugar en el banquete

europeo. Y es que el rechazo al otro es una de las fuerzas que de manera más lacerante ha puesto Europa en juego a lo largo de su historia, a caballo del perpetuo olvido de que no existe una única identidad europea, sino que en último término no somos sino el solapamiento de muchas y contradictorias percepciones, que se han enriquecido por la realidad de que el continente es, ante todo un lugar de paso, que debería ser espacio de encuentro.

Decíamos al comienzo de estas palabras que Europa se encuentra en una encrucijada, en la que tras años de cierta saciedad con el bien alcanzado, vuelven las turbulencias propias del que convierte en cismas sus preguntas y sus dudas. Sería fatalista afirmar que estamos a las puertas de dramas mayores que los que tantas veces hemos sufrido en el pasado. Sin embargo, sabemos que todas las construcciones sociales —también las europeas— adquieren dinámicas propias en cierto modo independientes de sus autores; tampoco podemos negar que los logros del proceso europeo parecen escurrirse entre nuestros dedos. Además, vuelven a las sociedades europeas tentaciones que dos guerras mundiales debían haber desterrado para siempre, en beneficio de un sueño europeo no solo en plenitud sino incluyente.

Europa será lo que queramos los europeos, con nuestras decisiones colectivas y con la conducta cívica de cada uno de nosotros en el día a día. Y es que Europa no está tanto en una encrucijada sino que ella misma es encrucijada. Un cruce constante de caminos por los que transitan personas e ideas. Convergen ideologías, filosofías y religiones. El resultado de esos encuentros siempre es cambio, evolución, mejora posible, pero también crisis y enfrentamiento. Europa debe aceptar la suya como una identidad en encrucijada, basada en fronteras que son móviles y en un acompasamiento constante de sueños, esperanzas y temores. Ha acreditado ser capaz de lo peor, pero también poder albergar en su seno los más nobles sueños y proyectos. Y sobre todo, hemos alcanzado un momento en la historia en el que nadie puede afirmar que no es el responsable. Que el contenido de esa encrucijada pueda proporcionar en el siglo XXI un servicio noble a toda la humanidad nos compete a todos. Para que Ítaca no sea más un motivo de lucha sino un punto de concordia. ■